

PSICOLOGÍA EVOLUTIVA DE LOS 12 A LOS 18 AÑOS

**MÁSTER UNIVERSITARIO EN PROFESORADO EN EDUCACIÓN
SECUNDARIA OBLIGATORIA Y
BACHILLERATO**

Asignatura: Aprendizaje y Desarrollo de la personalidad





Contenido

1. LA ADOLESCENCIA COMO ETAPA	3
a. Pubertad.	4
b. Adolescencia.	5
2. ANEXO. DESARROLLO EVOLUTIVO	13
3. BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA	25



1. LA ADOLESCENCIA COMO ETAPA

La adolescencia es una etapa de tránsito entre la infancia y la madurez, pero es reconocida como estadio diferenciado en todas las culturas.

En los países occidentales, la formación del adolescente para integrarse en la vida adulta se basa en la instrucción escolar. Se valora el rendimiento cognitivo, pero se olvidan del desarrollo emocional o la personalidad.

En esta etapa, el sujeto sufre una serie de transformaciones que afectan prácticamente a todos los aspectos de su personalidad: su vertiente biológica (cambios corporales), su estructura intelectual, su mundo afectivo (se ve sometido a “inestabilidades” y “vaivenes” emocionales que expresa en su conducta), su imagen del mundo y su propio sentido de la existencia. Cada adolescente experimenta una metamorfosis física y psicológica y busca su identidad personal (se pregunta quién es y qué llegará a ser) ante estos cambios tan drásticos que van definiendo su personalidad.

Hay visiones contrapuestas en torno a la naturaleza de la experiencia adolescente. Stanley Hall fue el primer psicólogo que investigó este periodo de la vida al comienzo del siglo XX. Consideraba que los cambios físicos influían en la psicología adolescente y que el esfuerzo que realizan los jóvenes por adaptarse a esos cambios provocaba un periodo de tormenta y estrés (términos tomados del movimiento artístico del romanticismo alemán denominado *Sturm und Drang*).

Hall describía al adolescente como un animal desarrollado, pero dentro de una jaula, que no sabe cuándo alcanzará la libertad y cómo se manejará en las nuevas situaciones.

El adolescente es presa de fuertes “crisis y tensiones”, un ser confundido y perturbado por la sociedad.

Sin embargo, la antropóloga Margaret Mead, que realizó estudios sobre la adolescencia en Samoa (1928) y en Nueva Guinea (1953), destacó la importancia de los factores culturales en el desarrollo de la adolescencia, ya que en estas sociedades era una etapa placentera de la vida y no se caracterizaba por crisis y tensiones.

De acuerdo con la psicología contemporánea, se contempla a la adolescencia como un proceso de desarrollo de las capacidades o recursos psicológicos, proceso que debe



permitir la consecución de la autonomía personal y social. En esta etapa de transición, el adolescente debe afrontar los siguientes aspectos:

- Desarrollo de la capacidad cognoscitivo-intelectual. Se accede al pensamiento abstracto, hipotético y deductivo, al conocimiento objetivo, reflexivo, donde se manejan realidad y emociones. El pensamiento abstracto permite distinguir entre lo real y lo posible.
- Construcción y revisión de la propia identidad personal, la imagen (auto concepto y autoestima) que uno tiene de sí mismo, las expectativas y proyectos futuros. Esto supone la aceptación de las transformaciones físicas de la pubertad y, previa redefinición de la relación familiar, alcanzar la independencia emocional.
- Exaltación de los sentimientos amorosos y búsqueda de la propia sexualidad.
- Adquisición de una perspectiva social, basada en el desarrollo moral y ético, que posibilita la aceptación de unos valores, la comprensión de las normas y de los diferentes papeles sociales (por ejemplo, desempeñar un rol estudiantil o laboral).

El tránsito hacia la vida adulta no sólo requiere madurez física, sino también son necesarios cambios en la forma de pensar, ajustes de la personalidad y del comportamiento afectivo y sexual. Comenzaremos por los cambios físicos.

a. Pubertad.

La transformación física del cuerpo y la maduración sexual durante esta etapa es el comienzo de la adolescencia. En un tiempo breve, los adolescentes experimentan cambios físicos muy acusados: el desarrollo acelerado en peso y altura, desarrollo de las características sexuales secundarias y adquisición de la capacidad reproductiva.

La pubertad comienza con secreciones hormonales, que desencadenan un rápido crecimiento, en las niñas a partir de los 11 años y en los varones a partir de los 13, más o menos (cada persona tiene diferentes momentos para su desarrollo psicosexual).

Durante este proceso se desarrollan los caracteres sexuales primarios (maduración de los órganos reproductores, ovarios y testículos), y los caracteres sexuales secundarios (rasgos no reproductores). Mientras que en ambos sexos aparece el vello púbico y axilar, la gran diferencia es que en las chicas se produce un aumento en el tamaño de los senos y las caderas, y en los niños aparece el vello facial y la voz más grave.



La pubertad puede determinarse con señales objetivas: en las chicas aparece la menstruación, que indica la maduración sexual de la mujer, y en los chicos se observa la aparición del vello púbico y la capacidad de eyaculación.

La fecha de la menarquia (primera menstruación) no sólo depende de factores madurativos. Se ha comprobado que, en general, se adelanta en las ciudades y en los países más cálidos, mientras que se retrasa en los países de climas fríos.

b. Adolescencia.

La adolescencia sigue a la pubertad y puede situarse en torno de los 16-18 años cuando el desarrollo físico ha terminado. El final de la adolescencia es difícil de precisar, pues depende de factores psicológicos y sociales (por ejemplo, independencia económica, acceder al mundo laboral o elegir una carrera universitaria, todo esto ligado a una determinada personalidad).

La adolescencia es una fase de reafirmación del yo, en la que el individuo toma conciencia de sí mismo y adquiere mayor control emocional. Los problemas relacionados con el proceso de crecimiento, el desarrollo de los órganos genitales y las secuencias derivadas de los caracteres sexuales secundarios hacen del adolescente un ser distinto, ambivalente, a veces acomplejado y en lucha permanente con su imagen corporal. Esto moldeará de modo silencioso su personalidad (no es lo mismo ser un adulto atractivo, alto y fuerte como jugador profesional de baloncesto, que una persona bajita, delgada y de apariencia frágil o delicada como bailarina de ballet).

En esta etapa se produce un deseo de alcanzar mayor independencia y libertad. El adolescente quiere más autonomía y busca nuevas experiencias, pierde confianza básica en la familia, lo que hace que se sienta extraño y angustiado en un mundo con el que no se siente plenamente identificado. A los padres les cuesta trabajo comprender que su hijo ya no es un niño y que para su crecimiento personal necesita esa autonomía.

El adolescente no tiene una actitud de huida, sino de búsqueda; no quiere marcharse de casa, sino vivir en ella de otra manera.

Esta situación conflictiva origina que el adolescente tenga un comportamiento susceptible, arrogante y crítico no sólo con padres sino también con otras figuras de



autoridad. No en vano cada adolescente mira su interior y contempla un mundo psíquico rico en posibilidades. Reconoce la madurez de su pensamiento, sabe de su inteligencia práctica y creativa, es consciente de su capacidad de tomar decisiones y de ser responsable de las consecuencias de sus actos y, además, posee una sexualidad que le equipara a los adultos.

A veces, el retraimiento interior se observa desde fuera como excesivo egocentrismo, sobrevaloración personal, y discontinuidad con quienes lo rodean, pero este proceso es necesario: que el adolescente afiance su personalidad, adquiera un “pensamiento” racional y unos valores acordes con su realidad circundante. Este periodo introspectivo trae consigo una reorganización de los sentimientos, mostrando la necesidad de compartir y solidarizarse con el entorno social, lugar donde él desplegará su forma de ser y estar en el mundo adulto.

DIMENSIÓN INTELECTUAL. PENSAMIENTO.

Para Piaget el desarrollo consiste en un modelo de intercambio entre el organismo y el ambiente. El alumno/a no se limita a interiorizar una información si no que adquiere una posición activa, integrándola y formando estructuras nuevas.

Cuando recibimos una información nueva entra en conflicto con la que ya sabemos y pone en marcha mecanismos y procesos de adaptación para restaurar la tendencia natural del “sistema”.

El desarrollo cognitivo es un proceso continuo de organización de estructuras en constante equilibrio. Dicho proceso se desarrolla a lo largo varios períodos o estadios.

El estadio final se conoce como el **estadio de las operaciones formales**. Se llega con la pubertad, sobre los 12 años hacia adelante.

La inteligencia se demuestra a través de la utilización lógica de símbolos relacionados con los conceptos abstractos. En este punto, la persona es capaz de razonar hipotéticamente y deductivamente. Durante este tiempo, las personas desarrollan la capacidad de pensar en conceptos abstractos.

Piaget creía que se vuelve importante el **razonamiento hipotético-deductivo** en el estadio de las operaciones formales. Este tipo de pensamiento implica situaciones hipotéticas



y a menudo se requiere en la ciencia y las matemáticas.

- El **pensamiento abstracto** surge durante el estadio de las operaciones formales. Los niños tienden a pensar muy concreta y específicamente en los estadios anteriores, y empiezan a considerar los posibles resultados y consecuencias de las acciones.
- **Metacognición**, la capacidad de “pensar sobre el pensamiento” que permite a los adolescentes y adultos para razonar acerca de sus procesos de pensamiento y su monitoreo.
- La **resolución de problemas** se demuestra cuando los niños utilizan ensayo y error para resolver problemas. La capacidad para resolver un problema de forma sistemática y emerge una manera lógica y metódica. La cualidad abstracta del pensamiento de los adolescentes en el nivel de las operaciones formales se evidencia en la habilidad verbal de resolución de problemas de los adolescentes. La calidad lógica del pensamiento de los adolescentes es cuando los niños tienen más probabilidades de resolver los problemas en forma de ensayo y error. Los adolescentes empiezan a pensar más como piensa un científico, elaborando planes para resolver los problemas y sistemáticamente poner a prueba opiniones. Utilizan el razonamiento hipotético deductivo, lo que significa que se desarrollan hipótesis o conjeturas mejores, y deducen de manera sistemática, o llegan a la conclusión, que es el mejor camino a seguir para resolver el problema. Durante este estadio el adolescente es capaz de entender cosas como el amor, “sombras de gris”, pruebas y valores lógicos. Durante este estadio el joven comienza a entretener a las posibilidades para el futuro y está fascinado con lo que pueden ser.

Los adolescentes también están cambiando cognitivamente por la forma en que ellos piensan acerca de los asuntos sociales. El egocentrismo adolescente regula la forma en que los adolescentes piensan sobre cuestiones sociales y es la auto-conciencia elevada en ellos, ya que son lo que se refleja en su sentido de la singularidad personal y la invencibilidad. El egocentrismo del adolescente puede ser diseccionado en dos tipos de pensamiento social, **público imaginario** que envuelve la atención que consigue el comportamiento, y la **fábula personal** que envuelve el sentido de un adolescente de la singularidad personal y la invencibilidad. Estos dos tipos de pensamiento social comienzan a afectar el egocentrismo de un niño en el estadio concreto, sin embargo, llevar



hacia el estadio de las operaciones formales cuando, a continuación, se enfrentan con el pensamiento abstracto y el pensamiento completamente lógico.

DIMENSIÓN PERSONAL, EMOCIONAL Y SOCIAL

Búsqueda de identidad:

La adolescencia lleva implícita una búsqueda de identidad. La búsqueda de sí mismo y de la identidad supone elaborar un proyecto vital en sus diferentes contextos, que responda a preguntas vitales como ¿quién soy yo?, ¿qué puedo hacer?, ¿hacia dónde voy? Esta búsqueda de identidad se produce en las dimensiones cognitiva, afectiva y social y origina cambios que influirán en la individuación y socialización de la persona.

Sigmund Freud defendió que las transformaciones de la pubertad originan una nueva identidad psicosexual, que busca su propia singularidad y se manifiesta en el paso de la sexualidad infantil a una conducta sexual adulta.

En cambio, Erik Erikson considera que durante la adolescencia aparece un periodo de crisis marcado por una vulnerabilidad y sensibilidad extremas. Buscar la identidad personal es el problema clave de esta etapa vital (frente a la confusión) ya que permitirá al adolescente tener una base firme en la vida. Esta búsqueda consiste en organizar las propias habilidades, necesidades y deseos para adaptarlos a las demandas sociales.

Erikson describe la identidad como la integración de un conjunto de rasgos y características personales. Los rasgos son los patrones habituales de conducta, tales como alegría/tristeza, inteligencia/estupidez, introversión/extraversión. Las características personales incluyen los atributos físicos, como el peso o la estatura y también la ideología y los factores de pertenencia a un grupo.

La **autoestima** es la capacidad que cada persona tiene de establecer su propia identidad y de atribuirle un valor. La autoestima está en nuestro interior, depende de nuestras ideas, aunque está influida por la familia, los amigos y los grupos a los que pertenecemos. No hay adolescencia sin grupo, sin amigos. El grupo es el escenario de pruebas y ensayos, el lugar donde se busca apoyo y solidaridad y sirve de reforzamiento de los aspectos cambiantes de nuestro yo.



¿Qué causas pueden provocar una crisis de identidad? Los psicólogos enumeran varias:

- La introyección de la masculinidad o feminidad en razón del propio sexo, frente a la confusión bisexual.
- La necesidad de hacer frente a diversos papeles sociales más exigentes. Un adolescente debe tomar decisiones respecto a la relación con su familia, buscar una profesión y abordar la complejidad de las relaciones sociales, el amor y la sexualidad.
- La búsqueda de un compromiso ideológico frente a la confusión de valores.
- El adolescente tiene un estatus ambiguo en el conjunto social. Muchas veces los adultos le exigen la obediencia de un niño y en otras quieren que tenga la responsabilidad de un adulto.

Relaciones Sociales y Cultura adolescente:

En sociedades tradicionales, la transmisión del aprendizaje no requería la separación del mundo adulto durante varios años. La escolarización masiva ayudó a la formación de la identidad grupal. La cultura o subcultura juvenil participa de la cultura global. Los adolescentes y los adultos no son dos universos totalmente distintos, más bien son dos conjuntos con algunas cosas en común y otras separadas.

Las normas, los valores y la estructura de los grupos juveniles están condicionados por la cultura adulta.

Una cultura es un conjunto de comportamientos, costumbres y valores que establecen las señas de identidad de un grupo. La identificación de los adolescentes como grupo psicosocial permite hablar de una cultura juvenil. Algunos rasgos característicos son:

- a. **Valoración del cuerpo:** se refleja en el culto al deporte, los riesgos y aventuras, propios del adolescente masculino, mientras que en las chicas se manifiesta por la delgadez y la silueta, cuya forma patológica se expresa en el síndrome de la anorexia-bulimia, hoy tan frecuente. Esta actitud narcisista ante el cuerpo es reforzada socialmente por la moda y por la creación de “modelos” publicitarios.
- b. **Culto a la imagen:** el adolescente vive el presente y no necesita la historia pasada o el futuro. En la sociedad de la imagen y el espectáculo, el “videoclip” sustituye a la



conversación, aparece el “todo cambia (la moda) para que nada cambie” y no se pierda la “eterna juventud”.

- c. **Comunicación sensorial:** el adolescente se percibe más como un “yo corporal” que como un yo pensante. El culto al cuerpo se vive como hedonismo y narcisismo. La música está más dotada de expresión que las palabras, que son viejas, históricas y producen desconfianza. Por eso, el sentimiento domina sobre la palabra y la sensación sobre la abstracción.
- d. **Consumismo:** la conversión al hedonismo consumista desarrollado en las sociedades occidentales culmina hoy en la idolatría de los valores juveniles. El consumismo se manifiesta en el vitalismo atribuido a las cosas, en la urgencia de placer y la sed de diversión. Como en los cuentos felices, se trata de suprimir el tiempo entre el enunciado de un deseo y su realización.

Desarrollo Moral:

Todo adolescente, además de afrontar los cambios físicos y psicológicos, necesita desarrollar sus capacidades intelectuales, morales y emocionales, ser consciente de algunas creencias e ideas irracionales que impiden su adaptación al entorno y mejorar sus habilidades sociales.

La moral del individuo está sometida a un proceso de desarrollo y maduración progresiva, que culmina en la autonomía de la conciencia del sujeto, como motivo fundamental del comportamiento ético.

Partiendo de estudios iniciados por Piaget, Lawrence Kohlberg elaboró una teoría sobre el desarrollo de la moral, que investiga “la capacidad de juzgar moralmente” una situación determinada por parte del sujeto.

Kohlberg sostiene que el desarrollo moral encierra un componente cognitivo, de forma que el estadio moral de un individuo marcha en paralelo a su estadio lógico.

Además, reconoce que la experiencia social determinante del crecimiento moral desde la infancia es la imitación de modelos.

Normalmente los niños se encuentran en el primer nivel; sólo 25 % de los adultos logra alcanzar el tercer nivel; y, dentro de éste, sólo 5 % de la población adulta alcanza el último estadio.



Lo sorprendente de los estudios de Kohlberg radica en su afirmación de que esta secuencia de etapas es independiente de las diferencias culturales o raciales y puede, entonces, ser considerada como universal e invariable.

Temperamento, carácter y personalidad:

La personalidad es un prisma de múltiples caras que comienza a formarse en la infancia y se desarrolla poco a poco, hasta lograr que nuestra conducta sea estable y consistente. A veces, la personalidad se confunde con dos términos relacionados con ella: el *temperamento* y el *carácter*. Aunque en el lenguaje cotidiano las tres palabras poseen un significado similar, es necesario hacer algunas precisiones terminológicas.

El **temperamento** es nuestra herencia biológica, representa la influencia de la naturaleza física codificada y, por tanto, es difícil de cambiar o modificar.

Theodore Millon lo describe como “el material biológico en bruto desde el cual la personalidad finalmente emerge. Se puede decir que incluye el sustrato neurológico, endocrinológico y bioquímico desde el cual la personalidad comenzará a formarse.”

El **carácter** se refiere a las características adquiridas durante nuestro crecimiento y supone cierto grado de conformidad con las normas sociales.

Según Millon, “el carácter puede ser considerado como la adherencia de la persona a los valores y las costumbres de la sociedad en que vive”. El carácter se forma desde la infancia y permanece siempre permeable a los influjos externos.

La **personalidad** es la conjunción del temperamento y el carácter en una única estructura y puede describirse como un patrón complejo de características psicológicas que expresamos en todas nuestras acciones. La personalidad constituye un conjunto de cualidades y defectos que nos hacen únicos.

El psicólogo Gordon Allport define la personalidad como “la organización dinámica, dentro del individuo, de aquellos sistemas psicofísicos que determinan su conducta y su pensamiento característicos”. Esta definición significa que la personalidad representa un patrón profundamente incorporado de rasgos cognitivos, afectivos y conductuales



manifiestos, que persisten durante largos periodos y son relativamente resistentes a la extinción.

De tal manera que, las características de la personalidad serían:

1. No tiene una existencia real, sino que se infiere a partir de la conducta de los individuos.
2. Es un constructo psicológico, que nos permite ordenar la experiencia y predecir el comportamiento en situaciones específicas.
3. Es la forma habitual de comportamiento de una persona. Comprende tanto la conducta manifiesta como su experiencia privada. No es la suma de conductas aisladas, sino que implica la globalidad del comportamiento.
4. Se produce por la interacción de la herencia genética y el ambiente del individuo, por el aprendizaje social y las experiencias personales. Recuerda que nacemos para ser nosotros mismos, no lo que quieran los demás.
5. La personalidad se desarrolla y cambia a lo largo de la vida. Determinados periodos de la existencia, como la pubertad y la menopausia, son sensibles a estos cambios, porque se producen transformaciones biológicas y psicológicas.
6. Es individual y social. Somos iguales, pero también distintos y nuestra tarea es alcanzar el equilibrio entre lo que nos une y lo que nos diferencia. Cada persona es única e irrepetible, pero como actores en el escenario del mundo debemos superar los intereses mezquinos de concepciones racistas.
7. La autonomía personal es una vieja aspiración del ser humano. Es la capacidad del individuo de afrontar su propia existencia, a pesar de las dificultades que encontrará en el camino. Cada ser humano debe cuidar sus ideas, conocer sus sentimientos y emociones y establecer su propia escala de valores.

Es importante saber que la adolescencia resulta clave respecto a la personalidad. Durante esta etapa la personalidad se construye fuertemente y acaba de configurar. De tal manera que podemos ya observar personalidades definidas y formadas. ¿Posteriormente podrá cambiarse o adquirir otra personalidad? Evidentemente las diversas experiencias van a orientar nuestra personalidad, pero la base de ella se adquiere y fija durante esta etapa.



2. ANEXO. DESARROLLO EVOLUTIVO

Por último, es fundamental que conozcamos las características de los alumnos con los que trabajamos de acuerdo con la etapa evolutiva que están atravesando: la adolescencia. Comprender la adolescencia requiere un enfoque multidisciplinar, pues hay que tener en cuenta que la adolescencia se enmarca en un contexto histórico y cultural determinado. Además de los cambios individuales tanto psicológicos como biológicos que acaecen, hay que tener en cuenta también las interacciones grupales e interpersonales. Durante la adolescencia se producen cambios neurofisiológicos y cambios biográficos; éstos están íntimamente relacionados.

Desarrollo psicomotor

Con la llegada de la pubertad, los chicos y chicas sufren cambios físicos paulatinos, se desarrollan los caracteres sexuales secundarios y se adquiere la madurez sexual. Se reelabora el propio esquema corporal (la idea que cada uno tiene de su cuerpo, independientemente de lo que realmente sea) y el cuerpo se convierte en la imagen de lo que uno es, el reflejo de la propia identidad. En este período se concede una gran importancia a la estética personal, permanentemente comparada con los demás. Surge el temor a no ver aceptada la nueva imagen y, puesto que generalmente concedemos valor a nuestras cualidades en la medida en que los otros nos las reflejan de manera explícita, adquiere una importancia extraordinaria la valoración que los demás hagan del adolescente. Pueden surgir problemas de no aceptación del propio cuerpo, máxime en aquellos que se apartan, aunque sea ligeramente, de la norma: el bajito o la chica que niega sus transformaciones, no se arregla nada y se viste como un chico.

Puesto que es en este período cuando culmina el desarrollo de las potencialidades físicas, conviene dar cauce a la actividad, orientarla hacia el ejercicio y el perfeccionamiento. El aumento de la potencia muscular, la resistencia, la agilidad, la habilidad... parecen contradecir su tendencia a la abulia y la inacción: es especialmente importante estimular el deporte y la actividad física, ya que contribuyen a la aceptación del propio cuerpo, favorecen la adquisición de hábitos de salud y son, además, importante vehículo de descarga emocional y de relación interpersonal.



Primer y segundo curso: 12–14 años

Es el momento en que se experimentan los cambios hormonales más fuertes. Como consecuencia de ello se observan frecuentes diferencias individuales en el grado de desarrollo que tendrán grandes repercusiones en la configuración de la personalidad y afectividad de los jóvenes. Se hacen evidentes sus potencialidades físicas a la vez que sus diferencias y hay que estar muy atento a los que sufren discriminación por su diferencia o inferioridad de desarrollo con el resto; se dan, incluso, verdaderos ejemplos de crueldad comparativa.

Prefieren juegos competitivos que exijan destreza manual, esfuerzo y rapidez de reflejos. Es el momento en que terminan de fraguar (o desaparecen de camino hacia el segundo ciclo) ciertas aficiones como la música, el coleccionismo, los espectáculos deportivos, el cine, etc.

Tercer y cuarto curso: 14–16 años

Se consolidan los rasgos físicos que tendrán como adultos; los ajustes hormonales provocan cambios externos más notorios, algunos se ven feos y les cuesta aceptarse. Si ellos tienden a relacionar su apariencia externa con el nivel de aceptación social, es especialmente importante educar la tolerancia, el respeto, y enseñarles a mirar el fondo del alma humana y no sólo su imagen.

Se corre el peligro de abandonar el ejercicio físico o un deporte que lo ha sido de toda la vida, a veces por dificultades de horario, por estudios, por cambio en las amistades y también porque aparecen en pugna hábitos de comodidad y hedonismo que provocan un distanciamiento de la actividad física, por no añadir aspectos concretos como el tabaco y el alcohol. Es importante enseñarles a organizar su tiempo libre canalizando la energía para que repercuta de forma positiva en su salud y calidad de vida.

Desarrollo cognitivo

Durante esta etapa se produce el tránsito, siguiendo el clásico esquema piagetiano, de las operaciones lógico–concretas hacia las operaciones formales. El cerebro se encuentra en la etapa final del desarrollo cortical y ya no se conforma con las representaciones mentales de lo real, sino que las transforma en abstracciones, en ideas,



en conceptos que vienen a ser la representación de esas representaciones y que otorgan al pensamiento una amplitud y movilidad muy grande.

Algunos de los rasgos del pensamiento formal son los siguientes:

- Se empieza a argumentar a partir de la deducción. Se pueden indagar las causas de un fenómeno y seleccionar las que se consideran más influyentes para verificarlas.
- Se desarrolla la capacidad de aislar variables, combinarlas e imaginar las consecuencias de una hipótesis.
- Se perfecciona la capacidad de análisis y pretenden aproximarse a la realidad tal como creen que lo haría un científico. Se realizan comprobaciones de las propias ideas y se contrastan con la realidad.
- Su capacidad de reflexión puede llegar a ser tan grande y ambiciosa que a veces se torna en pensamiento egocéntrico y tozudo: como el mundo tuviera que someterse a los sistemas, y no los sistemas a la realidad.

Primer y segundo curso: 12–14 años

Pueden llegar a una visión integradora de los contenidos de diversas áreas y aplicarlas al comentar o estudiar una situación dada (lo cual también precisa entrenamiento). Empiezan a adquirir, de manera muy desigual, capacidad de abstracción; tienen, por ejemplo, mayor facilidad que en etapas anteriores para generalizar a partir de situaciones concretas y su nivel de pensamiento es más elaborado. En general se puede afirmar que su nivel de abstracción y su capacidad de utilizar el pensamiento formal para aprender, estará muy relacionada con el grado de desarrollo del lenguaje.

En su mayoría, a lo largo del ciclo anterior habrán adquirido habilidades para distinguir proporciones directas e indirectas, equivalencias... aunque a veces, en la resolución de problemas, no tienen claro cuándo aplicar la operación adecuada.

En esta fase de 12 a 14 años, los chicos y chicas muestran una creciente curiosidad por las cuestiones científicas y técnicas. Sin embargo, no es raro que empiecen a manifestar, también de manera desigual, cierto rechazo a la escuela y una pérdida de interés por lo académico debida a razones diversas: dificultades para comprender los nuevos contenidos, falta de motivación hacia los temas de algunas áreas, carencia de expectativas de futuro, falta de estímulo en su entorno familiar y social, etc.



Será importante estimular el desarrollo cognitivo del alumno creando situaciones que exijan el uso continuo de la deducción, el razonamiento, la inducción... a través del establecimiento de proporciones, la correlación entre variables, la reflexión sobre el significado de todo. Los profesores debemos trabajar, cada cual sobre las bases de su propia área, para evitar que los adolescentes mezclen elementos subjetivos y objetivos en sus explicaciones de lo que observan y estudian.

Tercer y cuarto curso: 14–16 años

Se empiezan a hacer más evidentes las diferencias entre las capacidades intelectuales de unos y otros; mejor dicho, empiezan a tener su repercusión en el terreno de la autoestima y de lo social. La laguna iniciada entre aquellos que en el ciclo anterior empiezan a utilizar rasgos del pensamiento formal y los que no pueden hacerlo, deriva en diferencias abismales; algunos desconectan definitivamente.

El grupo aula es mucho más heterogéneo y la diversidad de estilos de aprendizaje y de motivación se acentúa: hay alumnos analíticos o sintéticos; los hay que sencillamente memorizan, otros son reflexivos, o impulsivos, los hay vagos pero muy observadores... La diversidad de procesos es enorme, pero nunca debemos olvidar que, a pesar de las teorías, muchos tienen un nivel de representación mental más bien bajo y necesitan partir de hechos y situaciones estrechamente conectadas con la realidad.

Los adolescentes suelen mostrarse dogmáticos y tajantes en sus juicios, también en lo académico, pero son capaces de reflexionar y emplear la duda ficticia o alternar sus puntos de vista según distintas perspectivas. Son muy sensibles a recursos y metodologías que tocan el terreno de lo afectivo, y son capaces de enjuiciar hechos y acontecimientos (a veces con criterios poco independientes).

En vista del creciente nivel de optatividad y de la importancia de ciertas decisiones, es importante que la acción didáctica tome como objetivo que el alumno adquiera conciencia de cuáles son los procedimientos mentales y estrategias de trabajo que más le ayudan a resolver problemas y aprender.

El espacio, el tiempo, la cantidad, la masa, el movimiento... ya no son sólo categorías que les permiten incorporar y describir el mundo de los objetos sino que pasan a ser conceptos filosóficos o sociales o científicos (a veces así, disyuntivamente) sobre



los que es capaz de operar, conceptualizar y convertir en teoría de conocimiento del universo e interpretación de la historia.

Esto nos permite aclarar un aspecto esencial para los profesores: el adolescente de esta etapa, cuando piensa en el objeto de conocimiento, es ambicioso y atrevido pero coherente. Donde pierde su coherencia es cuando piensa en sí mismo, en sus afectos y emociones, allí sí se manifiesta su caos interior y un pensamiento entrecortado. De ahí que cuando termina la etapa (16–17 años) y sedimentan los torbellinos interiores, se manifieste en toda su fuerza incluso de forma súbita, su capacidad de abstracción teórica y de reflexión.

Desarrollo afectivo

Durante la pubertad suele estallar con especial intensidad la llamada crisis de identidad personal. El adolescente, en su desconcierto, se vive como una especie de prisión para sí mismo, eclosionan sentimientos contradictorios respecto a casi todo. Por eso su conducta es imprevisible, irregular, poco controlada; internamente se siente inseguro, desorientado, angustiado.

Establece un nexo de unión entre sus vivencias internas y su mundo exterior, al que considera alternativamente como responsable de lo que le ocurre o su salvación; establece, como hemos dicho, una relación directa entre su apariencia física y su nivel de aceptación social. Los chicos y chicas se ven y juzgan según cómo perciben que son valorados por los demás; van aceptando la propia persona a la vez que abandonan poco a poco la dependencia de las opiniones de los otros. Crece su nivel de autoanálisis pero sigue dependiendo fuertemente del cariño de los otros.

Debemos acostumbrarnos a ver estas características –consideradas a menudo sólo en su aspecto de tránsito desagradable y lleno de connotaciones negativas– por lo que tienen de positivo y utilizable como recurso por un educador: los adolescentes son sensibles, viven sus afectos con apasionamiento (y con egoísmo), se entregan a quien les muestra un mínimo de cariño y su idealismo les impulsa a las más altas metas.

A medida que va afianzando su identidad individual –y sólo en esa medida, de manera que hay quien nunca llega a esto– adopta ciertos compromisos ideológicos o culturales y camina hacia la formación de un proyecto de vida más o menos definido. Lógicamente,



en esta etapa, adquiere una importancia capital la orientación personal y vocacional, y siempre se debe fomentar la reflexión antes de tomar decisiones.

Finalmente, recordar que la historia personal del adolescente, su concepto de la amistad y la fidelidad, su capacidad de asumir afectos y soledades, su afectividad adecuadamente orientada, determinará su capacidad de verdadero amor en el futuro, que es tanto como determinar la propia felicidad.

La manera de abordar al adolescente por parte del profesor está muy ligada al campo afectivo. Si hay afecto, hay respeto; si hay afecto, es más fácil aceptar la exigencia; y no hay afecto si no hay contacto. Se entiende aquí como afecto, el querer al otro como persona en relación con el rol que cada uno juega: yo como profesor, el otro como alumno. No se trata de ser amigos, porque la amistad es algo que cada uno elige en condiciones de paridad. No se es padre ni amigo de un alumno pero sólo se le educa (máxime si pretendemos cambiarle de algún modo) desde el afecto.

Primer y segundo curso: 12–14 años

Se dan los primeros intentos de búsqueda y reafirmación personal que les harán vivir una progresiva apertura a los demás y les proporcionarán una visión más independiente y objetiva. Los muchachos y muchachas de esta edad tienden a identificarse con ciertos estilos y modas o con determinadas corrientes musicales; empiezan a considerar la forma de vestir por lo que tiene de simbolismo y aparecen afinidades hacia ciertas . Pero se trata de opciones que aún no están hechas con criterios personales sino que se rigen por imitación, sobre todo, del grupo de amigos. Por la misma razón, en la configuración del autoconcepto, se rigen aún, casi enteramente, por la opinión que los demás tienen de ellos.

Empiezan a aparecer comportamientos más agresivos hacia los adultos, se encierran en mutismos sin razón aparente, buscando, en el fondo, que se les saque de ellos. El apetito sexual y la búsqueda de relación con el otro sexo adopta cauces exagerados e histéricos, descontrolados. Sin embargo las diferencias evolutivas entre unos adolescentes y otros son fuertes, se vive tan rápida e intensamente ese despertar que generalmente es razón suficiente para establecer subgrupos dentro del grupo grande: los adelantadillos, los más crecidos, se distancian de manera ostentosa y buscada, de los



demás compañeros. Pueden, incluso, ser dañinos y cebarse en compañeros que no siguen ese mismo ritmo.

Tercer y cuarto curso: 14–16 años

Entre los 14 y 16 años, la necesidad de sentirse atractivos para los demás, de ser aceptados por su aspecto físico y de exteriorizar las cualidades que más valoran de sí mismos, determinan mucho sus comportamientos. El desajuste entre cómo son en realidad y el modelo que se han hecho de sí mismos puede ocasionar problemas psicológicos.

Sus afectos se polarizan. Es frecuente que empiecen a formarse las primeras parejas chico–chica (mejor sería decir atracciones que no terminan de cristalizar) y las idealizaciones de personas del otro sexo; el que sean conscientes del platonismo de estos amores y de su imposibilidad real, no disminuye la dolorosa intensidad con que los viven.

Ésta es una etapa clave para consolidar la identidad personal y hacer progresar la individualización y diferenciación respecto a los demás. Los adolescentes de esta edad buscan modelos de identificación y son categóricos en encumbrar a los que sienten próximos y condenar sin remedio a los demás. Pero difícilmente dejan de corresponder al trato afectuoso y sincero en la misma medida, algo que los profesores no debemos olvidar, aunque así no fuera. A medida que los adultos le van aceptando más como un igual, concediendo consideración y estima a sus actividades y opiniones, van encontrando su lugar en el mundo. Empiezan a desaparecer paulatinamente los conflictos y contradicciones fundamentales -muchas aún perdurarán- que determinaron su crisis de identidad. Ello es debido a la convergencia de dos factores: En primer lugar hay un apaciguamiento progresivo del despliegue fisiológico–orgánico y de las fuerzas instintivas afectivo–emocionales que se habían desencadenado bruscamente en la etapa anterior. En segundo lugar, se produce un avance en la capacidad de razonamiento lógico; con mayor capacidad de introspección de la propia intimidad, se puede reducir a una unidad coherente la multiplicidad de fenómenos internos.

En resumen, el adolescente de 16 años comprende mejor su intimidad, se reconoce a sí mismo y, lo que es más importante, las responsabilidades que le exigimos están más equiparadas con los derechos y estima que los adultos le concedemos. Lo cierto es que los adolescentes que han experimentado la crisis de identidad personal dentro de un



contexto afectuoso y respetuosamente exigente, encuentran el terreno preparado para la superación definitiva de la crisis.

Desarrollo social

A juzgar por lo dicho en apartados anteriores es fácil deducir la tremenda dependencia que muestra el adolescente respecto a su entorno social. De hecho, el grupo de amigos adquiere tal importancia en su vida –es algo más que la pandilla con que hasta ahora se divertía– que se configura como punto de referencia en sus intercambios e interacciones sociales. Ciertamente la familia sigue constituyendo un núcleo vital en la toma de decisiones, en la conducta y en las motivaciones; los adolescentes necesitan todavía el afecto y el cariño familiar, pero rechazan las actitudes de sobreprotección y la autoridad no razonable.

Empiezan, a la vez, a interesarse por contextos y situaciones más amplios y la calle irrumpe con fuerza, lógicamente a la vez que se ven capaces de interactuar con ella sin el constante arropamiento familiar. Asimismo, en ámbitos como la economía, la política y la religión, se inician en la elaboración de una imagen simplista de cada sistema, que les servirá de base para configurar una explicación global de la sociedad y justificará su modo de interactuar con el mundo.

En sus relaciones con los demás, el adolescente empieza a tomar como referente la personalidad del otro y percibirá que los demás sienten y piensan de manera distinta a él; empieza a ser capaz de inferir los sentimientos y pensamientos de otras personas y a leer las señales que le distinguen, a su vez, de ellos. Pero este aprendizaje de la verdadera amistad es un camino largo que irán recorriendo a costa de muchos reveses y sufrimiento interior.

Primer y segundo curso: 12–14 años

Lo importante, para el adolescente de esta etapa, es pertenecer al grupo, sentirse aceptado como miembro del grupo, porque con los adultos es un inferior. Con sus iguales actúa en plano de igualdad, desarrolla su iniciativa y su autonomía y hay veces que se busca la cohesión del grupo como defensa personal ante los adultos.

Puesto que su egocentrismo le hace referir todos los cariños a su persona, la amistad en la adolescencia se da cuando conecta con el otro como si fuera otro yo. Por



eso no suelen darse todavía en estos años relaciones íntimas a nivel individual, con amistad profunda de persona a persona. Les suele bastar con ser uno más del grupo. Ello supone un riesgo de etiquetación: el que es de carácter débil y sumiso puede caer en el conformismo y la dependencia respecto de las normas y convencionalismos del grupo; hay quienes buscarán el liderazgo, otros harán de escolta para el líder o jefe... Se dan conductas de tipo gregario, gamberradas. Esto puede ocasionar que el púber, en lugar de progresar hacia la auténtica afirmación del yo, permanezca más tiempo del conveniente adoptando posturas infantiloides o inmaduras. Por eso algunos grupos parecen más maduros que otros, dependiendo de las dinámicas internas generadas en ellos.

Continúa la tendencia a la separación entre chicos y chicas, considerada desde el punto de vista de su atracción natural y espontánea y aún no es frecuente que surjan grupos mixtos para relacionarse.

Por parte de los adultos y profesores es muy importante acertar en la forma de mantener la disciplina y la autoridad. Es, sin duda, el momento evolutivo en que esto resulta más difícil y, por lo general, el adolescente es igual de intolerante con ambos extremos: el autoritarismo y la dejación de autoridad.

Tercer y cuarto curso: 14–16 años

Va creciendo su apreciación de que los demás son y toman conciencia de las diferencias individuales: que los otros piensan, perciben y sienten de manera distinta, que tienen su propia identidad... Esto también incluye a los adultos con los cuales el trato va paulatinamente mejorando.

La amistad va evolucionando y abriéndose, pero aún está más cerca del miedo a la soledad que de la amistad propiamente dicha; suele darse entre personas del mismo sexo, es muy intensa y teñida de narcisismo.

La pertenencia al grupo les da seguridad y según los momentos tendrá distintas finalidades; empiezan a fraguar los grupos mixtos, se da cada vez más el diálogo y les encanta estar mucho tiempo juntos. Su fuerza es enorme, se convierte en pauta de comportamiento y es muy difícil que un adolescente se signifique el grupo, ni siquiera contra aquellos que no le caen bien. (Se paga cualquier precio para que el grupo me acepte, incluso el de perder mi propia identidad.).



La tensión social del adolescente se ve también incrementada por la cuestión de los estudios; esto, unido a su rebeldía, hace que en algunos casos puntuales su relación con la autoridad, sobre todo con los padres, esté casi irreversiblemente deteriorada.

Puesto que su inserción social se da simultáneamente a su mayor capacidad de análisis crítico, aparecen, como consecuencia, otras características: una tendencia a la crítica de los adultos que va pasando de ser crítica a tal persona concreta, a ser crítica de las estructuras sociales; una presión, hasta donde ellos pueden ejercerla, para que la sociedad cambie su comportamiento respecto a los jóvenes y liberalice ciertas costumbres sociales; desilusión –contagiada del mundo adulto– respecto a la eficacia de las estructuras clásicas de nuestra sociedad: religión, economía, política... agudizada por dos nuevos fantasmas en su horizonte: las notas mínimas de acceso y el paro.

Desarrollo moral y apertura a la trascendencia

Los adolescentes tienden a cuestionarse muchos valores que habían mantenido en su niñez; a la vez que se plantean numerosos interrogantes en torno a su existencia, empiezan a tomar decisiones de forma autónoma sobre cuestiones personales y morales.

Su madurez de juicio está muy relacionada con su propio desarrollo intelectual. Sin embargo, no debemos establecer una correspondencia directa entre la edad, el desarrollo cognitivo y el desarrollo moral del joven: un cierto nivel de pensamiento y abstracción, es condición necesaria pero no suficiente para adquirir un mayor desarrollo moral. De hecho, el contexto en que se desenvuelve adquiere una gran relevancia; a veces, su cercanía afectiva a un adulto (padres, un abuelo, un profesor...) le hace adoptar como propia la escala de valores de éste –o lo que adivina de ella– y quiere parecersele.

El progresivo descentramiento que vive la persona en estos momentos le permitirá pasar paulatinamente hacia posiciones morales autónomas. Los valores que adquiere están muy ligados con la adquisición de su propia identidad personal. Tienen un fuerte sentido de la justicia y de la libertad, aunque los malentiende, a veces, en su autodefensa.

Primer y segundo curso: 12–14 años

Los chicos y chicas inician esta etapa teniendo que enfrentarse a un montón de nuevas situaciones que no pueden cotejar con una norma propia; en su mayoría necesitan aún una norma personal y ética propuesta desde fuera, que les permita evaluar su



comportamiento y el de los demás. Pero empiezan a vivir las contradicciones surgidas del hecho de comprobar que los esquemas de la niñez no les sirven para resolver determinadas situaciones; ni, de hecho, las personas que les proporcionaban esos esquemas infantiles de lo que era bueno y malo son tan intocables e infalibles como parecían.

Y del mismo modo que se cuestionan las normas de la infancia, cuestionan las creencias heredadas. Esto permite una reflexión sobre su sentido y el avance hacia una toma de postura más consciente, personal y adulta. Empiezan a captar la relación entre el rito, las celebraciones religiosas y la experiencia personal de fe, pero les cuesta vincular la religión al resto de sus vivencias. Cuando lo hacen, la asocian a menudo a aquellos jirones de niñez de los que se quieren desprender, con lo cual, más que una ayuda, supone un elemento más de su crisis de identidad.

Es el momento en que algunos se avergüenzan de sus prácticas religiosas, como se avergüenzan de sacar buenas notas o, sencillamente, de ser buenos. Procurarán disimularlo de cualquier modo, preferirán una bronca antes que pasar por empollón o empollona, no querrán ir a misa con sus padres y hay quien irá solo, sin que le vean... Es evidente que no debemos mostrar intolerancia ante tales acciones; madurarán a la par que el resto de su persona, y nuestra tarea, tanto de padres como de profesores, es hacer que redescubran el orgullo de ser quienes son y el valor de la autenticidad, como único camino para ser felices.

Tercer y cuarto curso: 14–16 años

Su capacidad reflexiva y su propia maduración intelectual hacen que se establezca paulatinamente un sistema autónomo, hasta donde esto es posible, de valores. Comienzan a tomar posiciones y a reflexionar sobre determinadas actitudes y principios éticos; ellos saben que de esos ideales deben derivar en coherencia sus propias actitudes personales, aunque no siempre sea así (como tampoco lo es en los adultos, algo de lo que hace tiempo se vienen percatando).

Desde el punto de vista de la organización de los grupos, éstos pueden adquirir ciertos compromisos y caminar hacia nuevos objetivos. Si los líderes o un núcleo importante del grupo están suficientemente motivados, y aprovechando su sensibilidad hacia problemas sociales y de convivencia, es el momento de potenciar organizaciones



que respondan a planteamientos éticos y religiosos determinados, es el momento de promover el voluntariado y la entrega a los demás.

Se cuestionan de manera más o menos agresiva la razón de algunas prohibiciones y plantean numerosas preguntas antes de aceptar la norma. Es mejor actuar entonces a partir de un contrato o acuerdo mutuo que no basándose en una autoridad impuesta. Discuten libremente sus ideas con el grupo de amigos y uno de los temas de conversación y apoyo mutuo suele ser, precisamente, la disciplina familiar.

Se plantean cuestiones sobre la muerte y el más allá y no es raro que pasen por un período de crisis religiosa o una seria revisión de sus creencias. De ahí puede resultar un fortalecimiento de sus convicciones, la asunción como propias de las ideas en que se les ha educado, la búsqueda de coherencia, libertad y autenticidad en su vida. Si bien no en todos, lo cierto es que en algunos se da una actitud de comprensión y fundamentación de las propias convicciones respecto al compromiso social y respecto al más allá. Y ello ayuda mucho a encontrar su propia identidad, a encontrarse, en definitiva, a sí mismos.

Los adultos y profesores de un colegio marianista podemos ofrecerles el testimonio discreto de una fe personal, no sociológica, que da sentido a la vida, que al ir más allá (trascendencia), permite ir más adentro. Es el momento de presentar a Jesús de Nazaret, como el que está llamando a su puerta, esperando que le abra, para relacionarse de persona a persona. El camino ético no es para el adolescente el acceso más adecuado para personalizar su fe. El movimiento sería el inverso: desde el encuentro personal con Jesucristo, que le quiere y acepta como es, se puede pasar a imitar e intentar vivir como propio su estilo de vida. No podemos forzar la adhesión personal a la fe, pero sí facilitar las condiciones para que ésta se produzca. Este testimonio es para ellos más creíble en el caso de los seglares, ya que ven a los religiosos como “profesionales” de la religión.



3. BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

MARCHESI, A., CARRETERO, M. Y PALACIOS, J. Psicología evolutiva. 3, Adolescencia, madurez y senectud. Madrid, Alianza, 1991.